

Llamativa instalación del Colectivo Por Mientras

Almuerzo ultraliviano flota en el Museo de Artes Visuales

Grupo de estudiantes de arte ofrece una pieza en la que platos y cubiertos parecen levitar a casi un metro del suelo.

RODRIGO CASTILLO R.

U nos cuantos segundos de asombro embargan al espectador que súbitamente se encuentra con la instalación *Pan de cada día*, del grupo universitario denominado Colectivo Por Mientras.

La obra, que se está presentando en el Museo de Artes Visuales (Lastarria 307, plaza Mulato Gil), puede ser descrita como un conjunto de platos, cubiertos, vasos y copas que parecen flotar en el aire, a casi un metro del suelo. Todos esos utensilios, por cierto, están ordenados como si hubieran sido puestos en una mesa invisible para siete comensales.

El breve asombro inicial, claro está, se diluye cuando el visitante recuerda la existencia de un útil material llamado hilo de pesca. Al observar la instalación de cerca, de hecho, se advierte que todos los objetos están atados —o adheridos con pegamento, dependiendo del caso— a delgadísimo filamentos sujetos a una pla-



Una visitante posa junto a la obra del Colectivo Por Mientras.

DAVID ALARCÓN

taforma circular dispuesta en el techo de la sala.

"Esta obra nació como un ejercicio que hicimos para el ramo de dibujo en la carrera de arte de la Universidad de Chile, pero poco a poco empezó a cobrar vida propia hasta convertirse en una pieza donde se plantea una crítica a la desigualdad", explica Cristian Freite, vocero del Colectivo Por Mientras.

"Si se mira con atención, se nota que uno de los puestos tiene doble plato, dos copas, vaso y hasta cuchillo para pescado, mientras que los que están a su derecha e izquierda tienen menos elementos. Los puestos más alejados del principal, finalmente, sólo cuentan con lo básico: plato, tenedor, cuchillo y vaso", resume el hombre.

Freite informa, además, que

el nombre del Colectivo Por Mientras alude a una circunstancia muy precisa: el grupo se formó hace pocos meses, y sólo para realizar la obra que ahora se exhibe en el MAVI, gracias a que sus miembros coincidieron en una asignatura común para todos los estudiantes de arte de la Universidad de Chile.

"El dibujo es algo así como la columna vertebral de esta carre-

Cabeza de ratón

La instalación del Colectivo Por Mientras se exhibe en el contexto de la muestra "Cabeza de ratón", montaje integrado por las obras seleccionadas en el concurso del mismo nombre que el MAVI organiza anualmente para premiar a artistas menores de 35 años.

ra, y por eso ahí se encuentran alumnos de menciones como escultura, pintura y grabado. Esas mismas disciplinas están representadas en los cinco estudiantes que integramos este colectivo", agrega.

El grupo, en efecto, es multidisciplinario: tres de sus miembros estudian escultura (Carolina del Pilar Díaz, Cristián González y el propio Freite), mientras que el cuarto (Sebastián Robles) estudia grabado. El equipo se completa con Yahanara Acevedo, quien se está entrenando para ser pintora.

"El primer objetivo que tuvimos con esta instalación, *Pan de cada día*, fue poner en crisis el ordenamiento estructural que se nos enseña en el ramo de dibujo", relata el vocero del quinteto.

"En dibujo se enseña que al dibujar debe hacerse primero el esqueleto o estructura de la composición, para finalmente agregar la 'piel'. Nuestra obra, sin embargo, es una mesa sin mesa, donde sólo hay platos, lo que equivale a dibujar la piel sin hacer el esqueleto", concluye.

NERVIO ÓPTICO

La justicia por su mano

Mientras los mineros pasan del fondo de la tierra al cielo de la fama, donde respiran un impuro polvo de estrellas, y despachado el "asunto Bielsa" con menos rebeldía ciudadana de la esperada (el compatriota medio es agachadito de moño), el país chileno y televisivo vuelve a los normales cauces de su anormalidad habitual.

En efecto, un parlamentario bajito mete la breve pata al contestarle no sé qué a la ministra Ena, al tiempo que, en otro ámbito, un alto funcionario eclesiástico pide perdón para los miembros —de su iglesia, se entiende— indebidamente alzados contra la buena fe de elementos juveniles de tal o cual parroquia, en fin.

Hay utópicos, me consta, que abogan por la "lentitud" para elevar nuestra calidad de vida. Pero vi en pantalla que, con igual propósito, técnicos en la materia enseñaban a viajar más rápido en el metro. Eso creí entender, pues se me escaparon los detalles: o hablaban a cien palabras por segundo, o mi mañoso zapping



impidió que asimilara el concepto.

¿Será que el metro, mediante ingenierías de última generación, se desplaza ahora con mayor rapidez? Constatación empírica, me dije, y a la mañana siguiente corrí escaleras abajo hacia un vagón que cerraba sus puertas. Dentro, alargué la cabeza en pose aerodinámica, mas no advertí diferencias. Tal vez se referían a alguna forma de ingeniería social, una más pujante actitud de los usuarios. Yo sentía una fuerte presión social en las costillas, por la empujante aglomeración. Asardinado en el calor humano, oí sin querer el diálogo de dos seminaristas pasajeros. Celebraban la actual gestión gubernamental, poniendo énfasis en el

concepto de la "innovación".

Discutían, también, sobre los desvarios carnales —ya mencionados— en que vienen incurriendo meticulosos presbíteros, monjes y afines de todo el orbe. "Si nos dejamos casarnos...", suspiró el más joven. "¡El celibato no se toca!", lo paró el otro, evidente cerebro del dúo. Y, con un brillo sincero en los ojos, propuso una solución de veras innovadora: el "onanismo profiláctico no vinculante". ¡Santos demonios! ¿Habían oído bien mis no bautizados tímpanos? El tecnicismo era intrigante.

Y era, sin duda, un ejemplo de verdadera ingeniería social. Antes de ceder a tentaciones de a dos contra natura, contra la ley o contra las sagradas escrituras,

Chile vuelve a los normales cauces de su anormalidad habitual: un parlamentario mete la pata al contestarle no sé qué a la ministra Ena, al tiempo que un funcionario eclesiástico pide perdón para los miembros —de su iglesia, se entiende— indebidamente alzados contra la buena fe de elementos juveniles.



Vicente Montaña

señalaba el pragmático y tradicionalista muchacho, y antes de perjudicar en cuerpo y alma a hermanos de mente o edad demasiado tierna, deberían tener los ensotados licencia papal para turbarse de propia mano, apagando así, periódicamente y de modo natural, toda libido malefactora. "Y no sólo licencia", clamó el audaz clericando, "sino la inexcusable obligación de hacerlo al menos dos veces cada día, a horas prescritas. Habría miles de pecadillos diarios, pero serían de concupiscencia menor, y siempre individual", recalcó, "subsanables en un dos por tres con la confesión. Algo muy preferible al pecado gravísimo de perturbar el buen desarrollo psicológico de terceros".

Este tipo es un genio, me dije, claro que ay, me lo van a excomulgar. "¡Despierta y apaga esa tele!", bramó alguien desde el dormitorio. Abrió los ojos a la luz. Pero la idea no estaba mal.